

A PRUEBA DE FUEGO

ERIC WILSON

Novelización sobre un guión original
de Alex Kendrick y Stephen Kendrick

A PRUEBA DE FUEGO

Traducción de Ignacio Peyró

LIBROSLIBRES

Título original: *Fireproof*



Novelización de Eric Wilson
sobre un guión original de Alex Kendrick y Stephen Kendrick

LIBROSLIBRES

Santa Engracia, 18, 1.º Izda.
28010 Madrid (España)
Tlf. : 34-91 594 09 22
Fax: 34-91 594 36 44
correo@libroslibres.com
www.libroslibres.com

Todos los derechos reservados. Obra publicada bajo autorización.

- © 2008, Alex Kendrick y Stephen Kendrick.
- © 2009, **LIBROSLIBRES**
- © 2009, Ignacio Peyró, por la traducción

Ilustración y diseño de cubierta: OpalWorks

Primera edición: febrero de 2010

Depósito Legal:
ISBN: 978-84-92654-27-7

Composición: Francisco J. Arellano
Coord. editorial: Miguel Moreno
Impresión: Cofás
Impreso en España — Printed in Spain

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright.

A mi Carolyn Rose...

Gracias por el desafío de amarme estos últimos dieciocho años

TEN_M_S _NA V_DA P_R L_ Q_E V_LE L_ P_NA L_UCH_R

ERIC WILSON

A nuestra madre, Rhonwyn Kendrick...

Gracias por amarnos a nosotros y a Papá estos cuarenta y tres años.

Eres una bendición.

Te queremos.

A la Iglesia Baptista Sherwood...

Que vuestra fe y vuestro ministerio se mantenga

siempre a prueba de fuego.

¡Damos las gracias a Dios por vosotros!

ALEX KENDRICK Y STEPHEN KENDRICK

PRIMERA PARTE

CHISPAS
Mayo de 1998

CAPÍTULO 1

El humo, muy denso, se extendía por los pasillos de latas de conservas y envolvía con sus dedos el cuerpo erguido del Capitán Campbell. Intentó mantener la calma. No lograba ver más allá de sus guantes de cuero, mientras dirigía la manga de agua hacia esa negrura que parecía latir con un fulgor fantasmal.

Reptando por entre las galerías, avanzando como una lengua por el techo, el fuego de la tienda de ultramarinos parecía contener en sí mismo una personalidad maligna y propia. No era la primera vez que Campbell lo pensaba. Y otros bomberos habían tenido el mismo pensamiento.

Recordó que debía respirar a intervalos regulares y permanecer concentrado.

Ardua tarea.

La llamada había llegado al cuartel a las 9:49 pm. La tienda, de propiedad independiente, ya se disponía a cerrar, y la mayor parte de los clientes se habían ido. Siguiendo la información de una cajera, el principal objeto de preocupación era la integridad de un contable que había sido visto por última vez yendo a las oficinas de la parte de atrás.

El incendio se iba extendiendo con cada vez mayor rapidez. Daba la impresión de surgir desde distintos departamentos de la tienda y requería la atención de todo el personal de emergencias. Habían acudido hombres de tres cuarteles distintos. Campbell y su compañero habían emprendido el combate media hora atrás, con la prioridad absoluta de salvar vidas humanas.

Las tiendas podían reconstruirse. Los productos podían sustituirse. Pero los muertos no iban a volver.

—Tynes —llamó Campbell—. Tynes, ¿estás ahí?

Su compañero no aparecía por ninguna parte. Tal vez el hombre había salido siguiendo la manguera, aun a riesgo de vaciar su depósito. O tal vez había intentado ir apagando el fuego con agua, en busca del contable perdido.

En cualquiera de los dos casos, tenía que haber dicho algo, pero era sólo el segundo año de Tynes y hasta los mejores cometen errores.

Eso era algo que el propio capitán sabía muy bien.

Aunque el Capitán Eddie Campbell formaba parte de la hermandad de los bomberos desde finales de los sesenta, habiendo recibido numerosos honores y reconocimientos, esa misma noche se las había apañado para perder su sistema de comunicación por radio en algún lugar entre la puerta de entrada a la tienda y su emplazamiento actual. Tal vez estuviese sobre un estante. O tal vez se le hubiera caído al acoplar dos mangueras.

Todo lo que sabía es que estaba solo, sin posibilidad de comunicación.

El fuego, mientras tanto, no parecía ceder en lo más mínimo en su lucha, y el capitán se plantó firmemente en su posición. Aunque la manguera temblorosa entre sus manos le daba alguna confianza, nubes de humo impenetrable le cercaban cada vez más. Se sentía como una rata atrapada por una boa constrictor.

Respirar a intervalos regulares. A intervalos regulares.

Pero no podía quedarse en ese mismo sitio para siempre.

Gritó el nombre de su compañero varias veces más, pero en vano. Su máscara enmudecía su voz, y de gritar mucho más, se arriesgaba a perder el aire precioso de su bombona de dieciséis kilos de peso.

A su espalda sonaron varios pitidos agudos en rápida sucesión.

¿Era eso cierto? Miró a través de su máscara facial, transida de sudor, torciendo la vista para leer el marcador de su aparato de ayuda respiratoria tipo dos.

¿Cómo podía estar tan bajo? Los pitidos de alarma querían decir que tenía un máximo de cinco minutos, y que a continuación empezaría a inhalar humo. La mayor parte de las bajas por fuego se debían a inhalación de humo y, si no encontraba la salida pronto, estaría ante un grave problema.

Había que ponerse en marcha. Volvería siguiendo la manguera.

Sintió que su pulso se calmaba mientras desajustaba la boquilla de la manguera, se daba la vuelta con todos sus pertrechos y se ponía de rodillas.

Era algo rutinario. Tenía un plan que seguir y un objetivo claro.

Campbell empezó a ir a gatas. A sus cincuenta y cinco años, estaba orgulloso de su forma física. Iba siguiendo la manguera con las manos, sabedor de que así podría volver al aire fresco y seguro. No había acabado de luchar contra este fuego. Volvería a entrar. Pero no sería útil para nadie si se desmayaba y permanecía inconsciente en el suelo.

Apartó, con sus nudillos enguantados, una lata de chile Hormel y una caja de tortillas para tacos mexicanos. Su rodilla derecha resbaló ligeramente en un charco de agua.

¿Cuánto había avanzado? ¿Seis metros, tal vez nueve?

Una manguera medía quince metros, y Tynes y él habían estado manejando dos mangueras unidas. Eso quería decir que aún tardaría un minuto aproximadamente en llegar a la puerta. Con todo su equipo, avanzar era enojoso, pero lo lograría si seguía avanzando.

Sí, ahí mismo le esperaba su gran prueba. Haces de luz de color rojo y amarillo se abrían camino por entre la humareda, y pensó que ya tenía que estar cerca de la salida. Esas luces de color rojo y amarillo eran, sin duda, las luces de emergencia del camión de bomberos iluminando el escaparate.

¿Respiraba ya aire fresco?

Justo a tiempo.

Pero algo iba mal, pese a todo. No era sólo que su depósito se le estuviera acabando; también la temperatura iba en aumento. A medida que avanzaba, hacía cada vez más calor.

—Oh, no —dijo Campbell.

Las palabras retumbaron pesadamente dentro de la máscara. Ahora se daba cuenta de que estaba viendo llamas y no luces de emergencia. Eso quería decir que había avanzado en sentido equivocado. ¿Y cómo podía haber avanzado tanto? No había hecho sino seguir la manguera, tomándola ya con una mano, ya con la otra, conforme andaba a gatas por el suelo.

La manguera...

Es que no, no era una manguera lo que tenía entre las manos. Era una cañería.

No podía ser verdad. ¿Una cañería?

Sin duda, equivocó la manguera con el sistema de riego que, fijado al suelo, llegaba al departamento de productos frescos. ¿Cómo se podía ser tan tonto? Pese a su experiencia como bombero, había dejado que las circunstancias nublaran su atención al detalle.

El Capitán Campbell respiró pesadamente al dar la vuelta. Tenía que mantenerse bien atento. La tienda estaba envuelta en oscuridad, y el único camino seguro era volver al punto a partir del cual había avanzado erróneamente.

Temía por su vida. ¿Lograría salir de allí? ¿Volvería a ver a su esposa y a su hija? Joy y Catherine eran todo su mundo.

Joy...

Seguían juntos, veintiséis años después. Joy era un espíritu bondadoso, y había pasado más de una noche de inquietud en la carrera de bombero del capitán. De eso no había duda.

Catherine...

Tenía dieciocho años, casi diecinueve; era una muchacha brillante y vivaz, con un espíritu independiente —otros lo llamarían testarudez— que había heredado de su padre.

Espoleado por estos pensamientos, Campbell siguió arrastrándose a través de la atmósfera sofocante de la tienda. Su pulso latía con fuerza en las yemas de sus dedos, pero intentaba mantenerse atento a todo cambio de forma o tacto del conducto.

La manguera tenía que estar en alguna parte. Y era su única salida.

Siguió avanzando a gatas, representándose mentalmente la imagen de Catherine a los tres años...



El Capitán Campbell está en el umbral de su puerta, mirando los estantes de juguetes y muñecos de peluche. Un osito tiene la cabeza y el brazo envueltos en gasa. Un juego de té y un camión de bomberos de madera se apilan bajo un cartel en el que se lee «La favorita de papá».

Escucha su risa cuando Joy le da las buenas noches a Catherine.

—Muy bien, cariño —dice Joy por fin—, ya es hora de irse a dormir.

—Mamá, ¿por qué no le dices a papá que venga a acostarme él?

—No, esta noche tiene trabajo en el cuartel. Pero mañana sí estará en casa.

Campbell sonrío, sabiendo la sorpresa que tendrá su mujer cuando vea que ha vuelto pronto a casa —con permiso, naturalmente— para celebrar su undécimo aniversario.

—Mamá, quiero casarme con papá.

—¿En serio? —ríe Joy—. Catherine, no puedes casarte con papá. Es *mi* marido.

—Bueno, ¿y cuando termines de estar casada, me lo puedo quedar yo?

Una oleada recorre el corazón de Campbell. A la luz de la luna, atisba los dibujos de su hija junto a su casa de muñecas. En uno de ellos, unos corazones delineados con cera azul rodean las palabras «papá», «mamá» y «yo».

—Lo siento, cariño —ríe Joy—. No vamos a terminar de estar casados. Vas a tener que casarte con otro.

—¿Con quién?

—Eso no se sabe todavía. Pero algún día sí.

—¿Y podré llevar un vestido blanco con guantes también blancos?

—Claro, si te gusta...

Campbell se acerca un poco más. Mira el marco con su foto, en la que aparece vestido con su uniforme y su casco de bombero, abrazando a su niña querida, tan morena, besándola en la mejilla mientras ella traza una sonrisa más amplia que el lazo rosa de su pelo.

Desde la cama, la voz de Catherine resuena con la esperanza de toda niña pequeña.

—¿Y seremos *para felices siempre*? —Mezcla las palabras pero su deseo viene del corazón.

—Hum... —dice Joy—, eso si te casas con alguien que te quiera de verdad, de verdad.

—¿Cómo papá? —pregunta Catherine.

—Sí, como papá...



En el claustrofóbico espacio de su máscara y su pesado equipamiento, el Capitán Campbell se aferraba a ese recuerdo. Era marido y era padre. No quería morir, no quería morir así. No quería morir ahí, en esa tienda, sin posibilidad de volver a ver a su familia. Sin posibilidad de recorrer el pasillo de la iglesia de la mano de su hija. ¿Y ser abuelo? ¿Era ya demasiado pedir?

Avanzó entre el humo denso, con las rodillas haciendo presión sobre el suelo. Se imaginaba a Joy, en casa, sobre sus rodillas. Él nunca había sido muy dado a rezar, pero sabía del valor de tener una mujer que hablaba con Dios.

—Aún no vais a perderme —susurró—. No, si puedo evitarlo.

Pero no podía evitarlo. Apenas capaz de respirar, la oscuridad le desorientaba.

¿Qué era eso?

Su mano estaba palpando algo ligeramente más ancho que la cañería. Por dentro corría el agua. ¡La manguera!

Estaba de nuevo en su punto de partida, en medio de la tienda, pero le quedaba aún un buen trecho que recorrer.

Aire. Necesitaba aire fresco. Boqueaba sin propósito, ahora que el depósito de su bombona de aire se había consumido. Sabía que quitarse la máscara conllevaba el riesgo de intoxicarse por monóxido de carbono. Pero, por otra parte, sólo le quedaban unas cuantas respiraciones.

¿Cuánto podría avanzar sin oxígeno?

¿Cuarenta segundos? ¿Sesenta? ¿Noventa, quizá, si lograba aminorar la sensación de pánico y mantener bien regulado su sistema respiratorio?

Pensó de nuevo en su mujer y en su hija.

Una rodilla adelante. *Uno-uno-mil, dos-uno-mil.*

Otra rodilla. *Tres-uno-mil, cuatro.*

Cinco, seis, siete...

Veintidós, veintitrés, veinticuatro...

Sus ojos se estaban nublando. Su cerebro parecía anegarse. La sangre presionaba en sus oídos.

Cuarenta y ocho, cuarenta y nueve...

Sus movimientos se ralentizaban. Cada vez se sentía más lento.

Sesenta y uno...

Se quitó la máscara, tragando saliva, para encontrar sólo un humo tóxico que le secó la lengua y le quemó la garganta.

Sesenta y dos...

Tres...

—Te quiero, Joy —farfulló—. Yo...

—¡Capitán!

Unas manos fuertes le tomaron por debajo de sus brazos, devolviéndole a la realidad. Se sintió arrastrado, siguiendo el

camino tortuoso de la manguera, con sus botas chocando contra el suelo. Oyó exclamaciones y gruñidos, y entonces él y su salvador ya estaban atravesando la puerta de entrada como una estampida, hacia la bendición del aire, rebosante de oxígeno, de fuera. Había luces de emergencia y voces de alivio.

—¡Lo ha encontrado Caleb! ¡Mirad! ¡El novato ha encontrado al capitán del Cuartel Número Uno!

—Buen trabajo, muchacho.

—Capitán, ¿me escucha? Creíamos que le habíamos perdido.

Los trabajadores de los servicios médicos abarrotaban la calle, con las voces afectadas por el monóxido de carbono y el cansancio. Intentó recomponerse. Tenía que volver dentro. Pero fue retenido, mientras alguien apuntaba al contable de la tienda, sentado en el bordillo de al lado, con quemaduras leves pero sano y salvo.

—Tynes le ha rescatado —explicó otro bombero.

—Mi compañero. —Campbell miró en torno—. ¿Él está bien?

—Lo siento. —Tynes se acercó—. Pensé que estaba justo detrás de mí, Capitán. Llamé por la radio pero no me respondía.

El Capitán Campbell asintió disculpándose y cerró los ojos.

Una mano firme le despojó de su chaqueta ignífuga y de sus botas, dejando que el aire fresco hiciera de bálsamo para su cuerpo envuelto en sudor.

Después, una vez el fuego estuvo bajo control y se calmó el jaleo, se puso en pie. Todavía débil, se sentía culpable por no haber estado junto a sus hombres. ¿Y dónde estaba el hombre que le había rescatado?

En ese preciso momento, el novato le dio una palmada en el hombro.

—Esté tranquilo, señor. Está controlado. Estamos muy contentos de que siga con nosotros.

—Yo también —admitió Campbell.

—No íbamos a perderle. No esta noche.

—¿Te llamas Caleb? ¿De qué cuartel eres?

—Del número seis. Éste era mi segundo fuego de verdad.

—Lo has hecho muy bien, muchacho. Agradezco que vinieras por mí. Te lo agradezco de verdad.

—Bueno, Capitán, no iba a permitir que le pasara nada. Si algún día quiero tener su puesto, necesito pegarme a usted para aprender todo lo que sabe.

—¿Sí? —Campbell enarcó una ceja y miró la cara llena de hollín del novato—. Desde ahora te digo, Caleb, que eso tal vez te lleve un tiempo.

—Tengo tiempo, señor. Y aprendo rápido.